



NICOMEDES GUZMAN, ^{684 P17}

EL 25 JUNIO DE 1951, a medio día, supe de la muerte de Nicomedes Guzmán. En esos instantes estaba almorzando, y no pude continuar comiendo. Solamente tuvo el gesto espontáneo de beber una copa de vino y escanciársela a la memoria del amigo muerto. Afuera, en la calle, seguía la vida en su incesante acontecer, los ruidos seguían siendo los mismos, las mismas eran las risas de los niños, el aire era el mismo respirado por tantos tiempos idos.

Sólo que la muerte se llevaba a uno de mis más grandes amigos, que muy pocos los he tenido a través de mi vida. Es difícil hacer conciliar la amistad con algunos sentimientos que todos llevamos escondidos no sabemos en qué parte del ser. Sentimientos como brisas, como rachas de un viento fuerte y misterioso, como un huracán que nos sobrepasa y nos asquilia.

También era así Nicomedes: a mí me pareció siempre como un niño. Hasta en el brillo de sus ojos se advertía a quien se daba entero, sin dobleces, a la chilena, dándose el todo por el todo, volteando un poco de su sangre en cada embate de su cuerpo generoso, movido para lamento, habiéndose lo último, incluso en el obscurado derecho de vivir, y aún palpitando en el anchar de lo por venir y lo soñado, como equivo monedero que nunca se le dio en el maravilloso peregrinar de su aventura y desventura.

Nicomedes Guzmán era como esas criaturas que conocemos y menudas, inconstantes, y, sin embargo, profundamente humanas. Si fuésemos que usar ahora un lente poderoso para mirar dentro del corazón de Guzmán, veríamos que allí siguen creciendo sus poderosos ámbulos secretos, plenos de una savia que alimenta a través de sus fibras de una calidad fraternal que asombra, jamás podrá

consolidar como heroico. Conoció a Nicomedes Guzmán en el año 1943, cuando yo era alumno de la Escuela Normal Rural de Victoria, querida casa estudiantil que tantas y tantas hermosas lecciones me entregara. Yo pensaba que era un poeta, y como tal, me inscribí en un certamen organizado por la Municipalidad de Concepción con motivo de Fiestas Patrias. No presenté, y leí un par de poemas. Al terminar mi actuación, me encontró frente a un hombre joven, buena mesa, de piel morena y rasurada, de un extraño brillo en las pupilas. Se me acercó, y me dijo al oído dos palabras:

"—Buena, cabec."

Era Nicomedes Guzmán, recién llegado encumbrado a la fama por su novela "La sangre y la esperanza".

Más tarde, la vida tiene tantas vueltas como un ovillo, nos fue juntando en sus caprichosas rotaciones la vida que Guzmán tanto amaba. Esa vida de estrellas titilantes, de meses mojados por lágrimas y vinos, de amaneceres en que la luz doblega a una triste noctámbulo fantasmal, nos fuimos acercando. Y la dulce cinta egodística de Chile se fue reduciendo, y nos fuimos hallando en Antofagasta, en Santiago, en Puerto Natales, en Punta Arenas, en Perito o Talcahuano. Siempre a la sombra de un poema, de un amigo, de una copa transparente de nostalgias, a la sombra de una patria que amamos y de una camarada botella que nos ata a la melancolía, que nos une en el momento en que las palabras saben y el corazón se hace a la mar de las confidencias.

El miércoles pasado estuvimos de nuevo con Nicomedes. Un Nicomedes Guzmán cuatro años muerto, que sigue latiendo al recuerdo de sus amigos en una plazoleta de la Población Fitz Roy, aquí, en esta tierra donde él vivió y amó.

Nicomedes Guzman [artículo] Marino Muñoz Lagos.

Libros y documentos

AUTORÍA

Muñoz Lagos, Marino, 1925-2017

FECHA DE PUBLICACIÓN

1968

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Nicomedes Guzman [artículo] Marino Muñoz Lagos.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile